

El mundo germano y México, juego de espejos

♦ Juan Cristóbal Cruz Revueltas

Enrique Vila-Matas confiesa que fue gracias a la mediación de sus colegas mexicanos que leyó por primera vez (aunque tarde) a ese gran escritor alemán, “tan decisivo en mi vida”, Georg Christoph Lichtenberg.¹ La importancia de estos cruces culturales hace necesaria la pregunta sobre el impacto y la percepción que ha tenido la cultura de lengua alemana en México y sobre lo que en la historia de esta recepción puede constituir un síntoma de nuestra propia cultura.

El mundo de lengua alemana no es un actor menor en la producción cultural del planeta. Gracias a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) sabemos que, luego del inglés y el francés, el alemán es la tercera lengua más traducida en el mundo. De igual forma, varios de los autores más traducidos en el mundo son de origen germano. Lo son Carlos Marx, Federico Engels, Rudolf Steiner, Herman Hesse y, más abajo, Franz Kafka.

Es de notar, para limitarnos a las grandes figuras de los últimos cien años, que no aparecen Sigmund Freud, Friedrich Nietzsche, Max Weber ni Albert Einstein; que el creador de la antroposofía o el autor de *El lobo estepario* sean más traducidos al español que Thomas Mann, Robert Musil o Karl Popper da mucho que pensar. Habría que discutir

entonces la relación y la distinción entre traducción e influencia cultural. Sin duda, por ejemplo, Walt Disney —quien paradójicamente fue muy sensible a la influencia de la alta cultura alemana— tiene más influencia que William Faulkner, aunque quizás algunos autores ejercen influencia indirecta a través de sus discípulos, o quizá más por sus ideas que por sus obras, o más en la cultura de las élites dominantes que en la cultura popular.

También en México el alemán es la tercera lengua de origen más traducida y ha sido privilegiada entre los intelectuales: desde autores como Arthur Schopenhauer y Nietzsche en José Vasconcelos, hasta el fuerte interés por el mundo austriaco de principios del siglo XX en algunos de los miembros de las más recientes generaciones de intelectuales mexicanos, desde Juan García Ponce hasta Juan Villoro y José María Pérez Gay.

La influencia germánica no ha faltado, sin olvidar que José Revueltas se interesa por la escritura de Mann y que Octavio Paz se apoya, en su lectura de la modernidad, en la obra de Weber. Paz también se inspira en Nietzsche para su crítica del lenguaje en el mexicano y hace suya la desconfianza del solitario de Sils-Maria ante ese monstruo que es el Estado moderno.

¹ Enrique Vila-Matas, “El arte de no terminar nada (Lichtenberg)”, *El País*, 14 de agosto de 2010.





En 1984, los escuchas alemanes del discurso de Paz pronunciado al momento de la entrega del Premio de la Paz otorgado por la Sociedad de Editores y Libreros Alemanes, se deben haber sorprendido cuando el poeta cerraba su discurso mencionando a Martin Heidegger, autor no muy bien visto en la Alemania de la posguerra y poco acorde con la visión más bien “kantiana” del discurso que presentaba el mexicano.²

Sin embargo, la referencia a Heidegger debe haber sido hecha por el autor de *El laberinto de la soledad* (1949) como un reconocimiento para la corriente intelectual que en su momento dio los motivos para pensar en una ontología del mexicano. En 1975, Paz dirá que no buscó hacer una ontología, pero el tema, el método, la caracterización, el género del debate en aquellos días con los miembros del grupo Hiperión, alumnos de José Gaos (traductor de Heidegger), difícilmente permiten pensar otra cosa.

Más allá del caso de Paz, esta anécdota permite sugerir que la influencia germana que ha predominado en México, y quizá en el mundo de habla hispana, ha sido más alemana que austriaca, es decir, más romántica que ilustrada. En efecto, en filosofía, salvo el auge en las últimas décadas de Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena, por mucho tiempo se leyó más a Schopenhauer, Nietzsche, Heidegger y Karl Schmitt que a Popper, Hans Kelsen o Ernest Gellner. Más a Ernst Jünger que a Joseph Roth o Thomas Bernhard. Para apoyar más esta hipótesis, se puede observar que mientras *El ser y el tiempo* de Heidegger, publicado en alemán en 1927, es traducido en México en 1951 por José Gaos y editado por el Fondo de Cul-

tura Económica, *La lógica de la investigación científica*, de Popper, publicada originalmente en 1934, no se traduce al español sino hasta 1973.

Si bien este es un indicador para el conjunto general de la producción científica en castellano, se puede constatar que en el portal Dialnet se encuentran actualmente más de ciento noventa documentos sobre Carl Schmitt, gran intelectual sin duda pero cercano al nazismo, y solo ciento veinte dedicados al gran jurista austriaco Kelsen. Es cierto, existen 234 textos dedicados a Friedrich von Hayek y 343 textos sobre Popper, pero hay 1 338 para un autor esotérico como Heidegger (recuérdese que este autor abandona la racionalidad a favor de la verdad como “desocultamiento”) y 1 450 para Nietzsche. Si Jünger cuenta con 151 documentos, solo hay ochenta para Musil, a quien la crítica alemana ha considerado el mejor escritor de lengua alemana del siglo XX. Otro tanto para un pensador de primer rango como Gellner, quien solo cuenta en total con cincuenta y ocho registros.

Si nos limitamos al caso de Austria, más allá de algunas importantes excepciones, como el psicoanálisis o la teoría del derecho, en América Latina la recepción del pensamiento austriaco ha ocurrido sobre todo entre los escritores antes que entre los científicos sociales, los filósofos o los teóricos del arte.

La fuerte influencia francesa (vía Michel Foucault, Jacques Derrida, Jacques Lacan) entre la intelectualidad mexicana del siglo pasado es un factor que permite entender el tipo de recepción en México del pensamiento alemán. En efecto, los llamados pensadores del 68 francés son, en buena medida, alumnos del pensamiento alemán,

² Véase Octavio Paz, *El peregrino en su patria. Presente fluido*, en *México en la obra de Octavio Paz*, vol. 2, FCE, México DF, 1987, p. 199.

en particular de Marx, Nietzsche y Heidegger. Lo que redundaría en una preponderancia del pensamiento alemán sobre el austriaco. Aquel corresponde, en buena medida, a una suerte de inclinación por la figura autoritaria, la voluntad de poder, el irracionalismo y el mal, mientras este corresponde a la conciencia liberal y crítica de un Popper o de un Bernhardt.

Sin embargo, la preponderancia del pensamiento alemán sobre el pensamiento austriaco vale también para el periodo anterior a 1968. En México, el caso más llamativo y lamentable es el de Vasconcelos, quien llegó a ser el director de la revista pronazi *El Monitor*.³ Hoy en día este tipo de fascinación por el mal ha llevado a algunos a jugar con un falso paralelismo entre el nazismo y la violencia actual en México o, peor aún, a una mala interpretación de ambos fenómenos.

Sin embargo, es de confesar que la influencia vienesa (más liberal que la alemana) no ha estado, al menos en las últimas décadas, totalmente ausente. Ella nos ha llegado mucho por la vía anglosajona, en buena medida por las corrientes de migración del mundo centroeuropeo al mundo anglosajón: Popper, Freud, Von Hayek, Gellner. Todos ellos emigraron a países de habla inglesa y de ahí han sido traducidos al español.

No podía ser de otra manera. Se ha hablado mucho de la Viena de principios de siglo como el síntoma del vacío y de la crisis de Europa, pero también podemos referirnos a ese momento quizá como el último milagro de la cultura mundial. La pintura de Gustav Klimt, Egon Schiele y

Oskar Kokoschka; el urbanismo de Otto Wagner; la economía de Von Hayek; el derecho de Kelsen; la música de Gustav Mahler; el círculo filosófico de Viena; el psicoanálisis de Freud; el gran crítico de arte Ernst Gombrich... La Europa central de principios de siglo XX es el crisol del pensamiento y la cultura de ese siglo y de principios del siglo XXI.

Para concluir, una anécdota. Se dice que un periodista le preguntó al filósofo Jürgen Habermas lo que pensaba respecto de que toda su obra estuviera traducida al español y se leyera profusamente en América Latina: "Me siento halagado", dijo Habermas, "pero no sé para que les pueda servir mi obra. Yo escribo para Alemania"⁴

En primer lugar, esta frase es (conceptualmente) dudosa en un pensador universalista como Habermas; en segundo lugar, una de las características de las grandes obras de la cultura es que escapan a las intenciones y a los contextos de los cuales surgieron. El escultor egipcio nunca esculpió para nosotros y no pensó en hacer arte, pues ni siquiera la noción de arte existía para él, y sin embargo, sin ser arqueólogos, el arte egipcio nos "sigue hablando" e incluso nos permite, de alguna forma, entendernos mejor a nosotros mismos.

Los filósofos griegos como Platón y Demócrito viajaban para aprender el saber de las culturas "orientales". El gran poeta latino Lucrecio no tiene ningún inconveniente en reconocer su deuda con el griego Epicuro. Leyendo a Plutarco, Goethe —anota Gombrich— entendió que todos somos seres humanos, que conociendo a otra cultura nos conocemos a nosotros mismos.⁵

³ Véase Juan Alberto Cedillo, *Los nazis en México*, Debolsillo, México DF, 2010.

⁴ César Cansino, *El financiero*, 11 de mayo de 2010.

⁵ Ernst H. Gombrich, "A lifelong interest", *Conversations on art and science with Didier Eribon*, Thames and Hudson, Londres, 1993.



Armillas 3. Agentes oxidantes sobre baldosas hidráulicas, 180 x 180 cm, 2008